

La espiritualidad: una visión desde el siglo XXI

Por MYRIAM S. ÁLVAREZ PÉREZ

El finalizado siglo XX fue considerado por muchos como la centuria de la ciencia y la técnica. Nunca antes la humanidad había conocido de tantos avances y descubrimientos en ese sentido y ya resulta prácticamente imposible que el hombre desarrollado pueda vivir sin el auxilio de maquinarias creadas para su bienestar o para viabilizar el trabajo en cualquiera de sus manifestaciones, lo cual me parece muy plausible, sobre todo cuando se trata de favorecer la felicidad de las personas, algo que no deja de ser importante y que todos ansiamos en alguna medida.

No obstante, parece que tanto afán tecnicista, entre muchos otros males sociales (el hambre, las guerras, la lucha por la subsistencia diaria...), ha dejado al hombre fuera de sus límites y alejado de su propia esencia. En el mejor de los casos, la espiritualidad marcha paralelamente a una vida incierta y asfixiante que parece cansarnos cada día más.

Sin embargo, otros coinciden en anunciar que el siglo XXI ha de ser el del amor. Quizá quienes esperan esto albergan grandes esperanzas en sus corazones, cuando para otros la idea pudiera parecer risible. Pero lo cierto es que con sentimientos como el amor, la estima al prójimo, la capacidad de servicio, la amistad, la solidaridad...sería posible poner en su lugar tantos valores estéticos, éticos y morales que han sido desplazados por aquellos que afianza la avidez del tener.

El ser humano ha de ir al encuentro consigo mismo, a la reconquista de su espiritualidad, una dimensión de la vida humana que da sentido a ésta a partir de motivaciones profundas y de un actuar consecuente al modo de pensar y sentir.

Decía el padre Teilhard de Chardin: *“No somos seres humanos que tienen una experiencia espiritual. Somos seres espirituales que tienen una experiencia humana”*. Así, la espiritualidad es el contenido esencial de la existencia humana, y es lo que hace posible que el hombre no sea sólo un ser biológico, psicológico y social, sino también, básicamente, un ser espiritual. Es su espiritualidad lo que lo diferencia sustancialmente de todo ser viviente que pueda poblar el planeta.

La espiritualidad se expresa de manera personal, cada quien tiene la suya propia y la vive a su manera. Pero es, asimismo, un fenómeno cultural en estrecha relación con la religión y la religiosidad.

El cristiano vive su espiritualidad en la creencia de un orden superior que da sentido a la vida humana. Su tradición lo convoca a la oración, a actos rituales propios de su fe, al fomento de la vida devocional, a la lectura de la Biblia. Pero la espiritualidad no puede reducirse sólo a la creencia en la existencia de un Dios ni al cumplimiento de las prácticas de fe y de los sacramentos.

Proclamar una vida espiritual marcha unido al compromiso con códigos y fundamentos que develen sentimientos y valores promotores de una vida edificante, constructiva e inspiradora de justicia, paz y servicio. Una vida cuyo afán sea el trabajo creador y no enajenante y el cultivo de actitudes que sean de verdadera ayuda al prójimo y que estén por encima de posiciones simplemente triunfalistas.

Wayne W. Dyer en *Tus zonas mágicas* nos propone un perfil del modo en que viven las personas



“Somos seres espirituales que tienen una experiencia humana”

P. Teilhard de Chardin

que día a día desarrollan su espiritualidad. Ellas son seres cuyas creencias no se limitan a sus “cinco sentidos”, pues utilizan un pensamiento multidimensional que proporciona mayores oportunidades para el crecimiento personal y para afrontar dificultades. Son, además, personas que están guiadas por el amor y que viven una vida de perdón, pues no guardan rencor ni buscan venganza. Saben que en el universo rigen también leyes que van más allá de lo conocido por el hombre y de lo explicado por la ciencia a través de una interpretación basada en causa y efecto. Son seres motivados por la ética, la serenidad y la calidad de vida, que se consagran a aquello que defienden y que escuchan, en su propia intuición, la palabra de Dios.

No es menos cierto que a diario chocamos con situaciones que laceran nuestra espiritualidad; cualquiera de nosotros tendría a la mano decenas de ejemplos de la vida cotidiana que se pudieran comentar. Sin embargo, no es posible desarrollar una espiritualidad sin mirar hacia afuera de nosotros mismos y reparar en cada cosa bella que también la vida nos ofrece y que debemos agradecer, o detenernos a reflexionar sobre aquellas que podemos mejorar. Es necesario mirar hacia dentro de nosotros mismos, escuchar nuestra voz interior y examinar nuestra conducta, pues ella es el más sincero reflejo de nuestra espiritualidad.

Quizás aún no podemos sospechar qué matices adquirirá la espiritualidad del hombre del XXI; pero confiemos desde ya en que se harán realidad los versos del autor de *Cita con ángeles*: “*Seamos un tilín mejores y mucho menos egoístas*”.